

## Un verano para olvidar

JORGE BERLANGA \*



Paul Newman.

LA temporada estival suele por costumbre ser terreno abonado para el reestreno sin interés o para la inclusión en cartelera de aquellas películas para las que los distribuidores no han encontrado hueco en otras épocas del año. Aunque el panorama no se presente tan agostado como en otros tiempos, dado el elevado número de personas que se queda a pasar el verano en la ciudad, con lo que los exhibidores tratan de mantener una oferta variada de películas, la verdad es que este año, como tantos, ni el reclamo de la refrigeración ha podido hacer más atractivo el poco interesante cartel de contados estrenos. Una tradición veraniega que el ayuntamiento madrileño supo recuperar con acierto fue la del cine nocturno al aire libre, proyectando en el parque i del Retiro, dentro de «Los veranos de la villa», una buena selección de películas con un tema monográfico por día. Así se pudo acudir una noche al paseo de la Chopera para ver comedias de enredo, cine de terror, humor negro, cine bélico, naturaleza contra civilización, homenajes a actores como Marcello Mas-troianni, Paul Newman, etcétera. Los filmes representativos estuvieron bien elegidos, conforman-

do una jugosa oferta para cualquier aficionado al cine.

### Mundos medievales

UNO de los grandes éxitos entre los más recientes estrenos ha sido *Los señores del acero*, de Paul Verhoeven. Rodada en nuestro país hace cerca de cuatro años, llega ahora a las pantallas gracias a la excelente acogida que tuvo por parte del público la última película de este director holandés, hecha en América, *Ro-bocop*. Los espectadores siguen disfrutando con las aventuras de capa y espada, y *Los señores del acero* reúne todos los ingredientes del género sabiamente mezclados. Situada en un tiempo en el que la Edad Media daba sus últimos coletazos, sus protagonistas se mueven entre los abismos de la superstición y los caminos de la razón. Siguen impulsos visionarios, dominados por cierto fervor religioso, al mismo tiempo que por prosaicos intereses materiales. La película entera rezuma ambi-

\* Madrid, 1958. Licenciado en Filosofía y Letras. Crítico de

güedad, va más allá de la simple distinción de caracteres, la división entre buenos y malos, para construir un fresco lleno de personalidades complejas, tratando de sobrevivir a la vorágine de una época. Hay un bandido iluminado a la vez que cínico y un hidalgo romántico a la vez que pragmático, y una princesita melosa y astuta que se reparte el amor de ambos. Tanto la ambientación como el entramado psicológico de los personajes están excelentemente logrados, transmitiendo la incertidumbre existencial de una etapa oscura en crisis histórica, acentuada con la maldición sin cura de la peste bubónica. Destacan en el reparto, además del inquietante Rutger Hauer y la mórbida Jennifer Jason Leight, diversos actores españoles, como Simón Andreu, Fernando Hilbeck o Marina Saura.

Aprovechando el tirón de moda de Verhoeven, se ha estrenado también otra película suya de hace cinco años, *El cuarto hombre*. En este caso, el director explota al máximo su antigua vena anarquista e irreverente, haciendo una película blasfema y casi sacrilega sobre la atormentada vida de un escritor católico y homosexual. Por un camino de misticismo obscuro, que pretende hacer tesis sobre una patología del cristianismo, Verhoeven busca con su atrevimiento una liberación de sus propios traumas, obteniendo un producto que juega con el escándalo a la vez que con una supuesta sinceridad, sin que las obsesiones de su protagonista acaben de interesar en demasía al espectador.

Un cineasta que cada vez está alcanzando mayor prestigio en nuestro país es Peter Greenway. Su película *El vientre de un arquitecto* es todo un matemático ejercicio de estilo. La historia de un



«ammy and Rosie».

arquitecto americano que pasa nueve meses en Roma a la espera de realizar un proyecto, mientras crece su hijo en el vientre de su mujer y un cáncer destructor en el suyo propio, nos es contada con una milimétrica precisión y una inusual belleza plástica. La oposición física entre creación y destrucción es típica de las fantasías de Greenaway, confeccionador implacable de interrelaciones que intentan establecer de continuo analogías, antítesis y paralelismos en su narración. La odisea de este inocente americano, sus dichas y desdichas en su choque con la decadencia europea, nos es contada con singular maestría, apoyada en el habitual buen hacer de un actor de la talla, no sólo física, de Brian Dennehy.

## Política y postmodernidad

**O**TRO cineasta inglés que va ganando adictos por estas latitudes es Stephen Frears, aclamado por la moderna intelectualidad por obras anteriores como *Mi hermosa lavandería*, o *Ábrete de orejas*, aborda con *Sammy y Rosie se lo montan* una vez más el tema de los marginados en una Inglaterra próspera bajo el mandato de Margaret Thatcher, pero donde existe un turbio fondo de miseria e inadaptación racial. En una película abiertamente comprometida, con un mensaje ideológico claro, que sin embargo huye del panfleto para adornarse con matices ambiguos identificables dentro de la resaca posmoderna, Frears compone un discurso cinematográfico de una riqueza visual y narrativa poco corrientes; A caballo siempre entre la metáfora fantástica y el documental realista, la historia se desarrolla en pantalla con una fluidez nada forzada, combinando con soltura momentos de cierta abstracción formal con otros decididamente costumbristas, con una estructura coral del argumento que facilita la consecución de casualidades; encadenadas para retratar de forma imaginativa a un colectivo sin descuidar los detalles individuales de cada personaje. La búsqueda del amor, la libertad y la propia identidad, sin soluciones claras, se reúnen en esta película singular, que mezcla de forma inteligente un romanticismo contestatario con un realista pesimismo.

Con tanta fuerza como el nuevo cine inglés, está irrumpiendo en las pantallas europeas el nuevo cine soviético, que trae los aires refrescantes de la *Perestroika*. Un

buen ejemplo es la película de Yuri Kara, *Mañana fue la guerra*. Contando la historia de un grupo de alumnos de un instituto de enseñanza media en la URSS en vísperas de la segunda guerra mundial, se reconstruye perfectamente un clima moral a la vez que se explican los sentimientos de sus personajes. Retrata con amargura la impotencia que provoca una obcecada injusticia, pero el principal mérito del filme es que no es deprimente ni precisa de finales felices para afirmar su fe en la condición humana. En un tono nostálgico, desliza una carga crítica que no apunta a la ideología, sino a su aplicación: la manipulación política. Kara apunta estos conflictos para explicar a sus víctimas, los escolares, auténticos protagonistas de la película, y da relieve y color a su efímera felicidad, a su juventud, y da intensidad épica a los gestos de afirmación rebelde de unos quin-ceañeros ante la autoridad arbitraria. Una deliciosa película, en resumen, sobre la nostalgia por los amigos y, por encima de ello, una celebración de la amistad y de las relaciones entre padres e hijos.

## Felicidad a la americana

**E**L «american way of life» es, al fin y al cabo, inspiración de gran parte del cine que se proyecta en nuestras pantallas. La industria estadounidense sabe manejar los hilos de la distribución comercial hasta lograr una presencia que algunos consideran excesiva, pero que sólo es resultado de un mejor conocimiento de la competitividad. Entre los últimos estrenos provenientes de esta cinematografía, está *Dirty Dancing*,

de Emilio Ardolino. Heredera de filmes de éxito como *Fiebre del sábado noche*, o *American Graffiti*, es un nuevo retrato de una juventud catalizada por la música y el baile. Situada en 1963, poco antes de la muerte de Kennedy y la revolución Pop, con un argumento inane, la película reúne a un grupo de personajes en una estación veraniega de montaña, siguiendo ciertos esquemas de serial televisivo, con unos arquetipos y una imagen milimétricamente estudiados para conseguir un producto de fácil y asegurado consumo. Chico guapo que enseña a bailar a una rica chica burguesa, un poco de acción «sexy», conflictos generacionales y una mezcla de sociología y lirismo que al final queda en un «happy end» cercano al agua de borrajas, son los ingredientes fundamentales para hacer una película trivial y de éxito asegurado.

Dentro de este cine fabricado como dulce rosquilla que tienta al espectador para que después de hincarle el diente, sólo se encuentre con aire, están las inevitables secuelas, tales como *Cocodrilo Dundell*, continuación de un gran éxito del año pasado, donde nos encontramos de nuevo a su protagonista, un recio cazador australiano lleno de recursos, haciendo gala de su sabiduría campestre en la jungla neoyorquina, en esta ocasión rescatando a su novia, una audaz periodista, de las garras de unos mañosos del narcotráfico. Los contrastes del buen salvaje que desafía con inocencia los peligros de la civilización, aderezados con dosis de humor y acción, dan cuerpo a un producto de digestión fácil que promete nuevas entregas.

Por la quinta entrega va ya la que fuera un sorprendente éxito comercial hace unos años: *Loca Academia de Policía*. Cuando

una fórmula funciona, sus creadores la exprimen al máximo. En este caso, contando como protagonistas a una cuadrilla de defensores de la ley relativamente chiflados, con una continua sucesión de «gags» más o menos afortunados, se confía en la complicidad de la audiencia para lograr una carcajada continua sin demasiadas complicaciones. La quinta secuela traslada a sus ya conocidos personajes a Miami, donde el viejo comandante va a celebrar su retiro, complicándolo con un robo de joyas y toda la habitual parafernalia de este tipo de películas, que arrastran —y ése es su mérito innegable— a toda uña legión de fieles a los cines.

Como contrapartida, y ejemplo de excelentes comedias, están filmes como *La que hemos armado*, de John Avildsen, un director que no ha alcanzado una fama personal proporcionada a sus éxitos. Una joven pareja cuya vida se altera drásticamente por el inesperado embarazo depila, sufre todo

«La que hemos armado».



tipo de problemas tras decidir dar a luz a su hijo sin medios ni madurez, enfrentados a las familias de ambos y arriesgando su amor y su futuro profesional. Un tema que ha sido tratado anteriormente, incluso por el mismo Manuel Summers en su *Adiós, cigüeña, adiós*, es en esta ocasión, gracias a un excelente guión, precisa dirección y una destacada interpretación, especialmente de la joven Molly Ringwald, una película deliciosa, llena de humor y encanto, digna tanto en sus planteamientos como en su resultado.

De igual modo, hay que destacar una pequeña joya de un director al que ya se le empieza a reconocer como uno de los grandes talentos de la comedia de los últimos años, John Hughes. Creador de un tipo de cine juvenil lleno de imaginación y visión profunda,

totalmente alejado del cine para adolescentes hecho a base de des-tape y chiste grueso que tanta vigencia ha alcanzado en los últimos años, tras hacer obras maestras del género, como *La chica de rosa*, o *Dieciséis velas*, Hughes ha realizado con *Mejor solo que acompañado* una película cargada de feroz ironía, descarnada comicidad, a la vez que finura en los detalles, que hace un retrato genial de la sociedad americana mostrando las desdichadas peripecias de un ejecutivo arrastrado por los elementos a un accidentado periplo por los Estados Unidos, acompañado de un gordinflón y problemático compañero de viaje. Algo así como si Cervantes hubiera nacido en Chicago y La Mancha fueran las estepas de Kansas. Sorprendente y rebosante de talento en cada fotograma.